



PREMIO NACIONAL
DE PERIODISMO
**SIMÓN
BOLÍVAR**

Discurso Fernando Alonso Ramírez

Presidente del Jurado

Edición 45, Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar

2020

Buenas tardes,

Ser jurado del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar es estar en una silla privilegiada para conocer el país con los ojos de los reporteros. El periodismo colombiano demuestra que no tiene temas vedados y que siempre hay alguien dispuesto a contar las verdades que otros desean esconder. Es darle la vuelta a la geografía nacional, a sus gentes, a sus problemas, también a sus esperanzas.

Adonde no han ido nuestros periodistas. Se han metido en las profundidades de la guerra, han atravesado ríos turbulentos para llegar adonde casi nadie más llega, han enfrentado toda clase de poderes, han ahondado en historias íntimas que han hecho de personajes anónimos ejemplo de otras generaciones, han insistido en no dejar impunes los crímenes de agentes del Estado, han denunciado una y otra vez la corrupción de los mismos, o de los otros, han hecho las preguntas relevantes a los más cuestionados, han mostrado también la cara esperanzadora de cientos de colombianos que luchan cada día por ser mejores personas y que demuestran así su manera de construir un mejor país.

Qué periodismo el que tiene Colombia. En época de moralistas mediáticos, mucho profeta del desastre quiere hacernos creer que no hay futuro y que lo mejor es arrasar con todo, dar paso solo a la hecatombe. Después de ver estos 1.240 trabajos, que son apenas una muestra de lo que se hace en todo el país periodístico, no queda más que decir: qué equivocados están. No quiero sonar complaciente y dar la sensación de que todo lo que se hace es excelente - porque ya bastante daño ha causado la falta de autocrítica en este oficio-, pero sí hay que decir que son muchos los trabajos que pueden llevar el sello de la excelencia sin ningún remordimiento, y esta premiación es buen ejemplo de ello.

Claro que hay problemas, sigue habiendo quienes creen que la noticia es el periodista y no los hechos o las fuentes, también se ha descuidado un elemento clave como la titulación, es evidente que los lugares comunes se apropian del discurso periodístico. Como si fuera poco, el amarillismo hace de las suyas y hay programas en los que si no hay lágrima para empezar, creen no tener información emotiva, y en todo esto habrá que insistir.

Hoy destacamos en el premio Vida y Obra a un editor inspirador. Esta figura se está convirtiendo en un bien escaso, pero cuánta falta hace. Hemos visto varios trabajos de reportería incuestionable, malogrados a la hora de juntar las piezas en el proceso final; otros que simplemente se perdieron desde un principio por falta de planeación, de foco o de hilo conductor; unos más que despreciaron la sintaxis y la ortografía, como si fuera algo de poca monta; o peor aún, hace carrera de manera temeraria el periodismo activista, el que combina las convicciones personales con la idea de un trabajo profundo, que al final no busca la verdad, sino probar una tesis, así los puntos no se conecten.

Hemos sabido de viejos medios que cortan las alas a editores que son la garantía de un trabajo de calidad y de nuevos medios que consideran que el editor no es indispensable porque sus periodistas están tan convencidos de su trabajo, que no creen en otra persona que pueda ayudar a hacerlo mejor. Un desprecio por esa realidad del periodismo que nos demuestra que cada vez es más un trabajo colectivo y menos de lobos solitarios.

Este no ha sido un año fácil para nadie y tampoco para el periodismo. Se han dado recortes de personal en muchas redacciones, estrechamiento y cierre de medios. Como si fuera poco, duros golpes ha recibido la libertad de prensa: perfilamientos de periodistas, amenazas que siguen creciendo, acoso judicial desde varios frentes, persecución institucional contra colegas y hasta decisiones editoriales que van en detrimento de la pluralidad, que debería ser condición *sine qua non* en las salas de redacción. El problema es que la situación tiende a empeorar, sin que los responsables tomen las decisiones para crear un clima propicio para la libertad de prensa.

No nos hubiéramos enterado de muchos de estos acosos y seguimientos a colegas sin personajes como quien será reconocido hoy como Periodista del Año, un profesional que con bajo perfil ha sabido enfrentarse al poder y haciendo su trabajo ha contribuido a vigorizar la democracia, en una época en la que hay quienes promueven el desdén por este sistema. Él encarna lo mejor del periodismo colombiano y, como tantos otros, también padece los rigores de la falta de sindéresis del poder, representado a veces en los propietarios mismos de los medios. Por mantener la dignidad, renunció a la revista a la que estuvo vinculado por

más de 25 años, como lo hizo la mayor parte del equipo. Una desbandada atípica en el periodismo nacional.

El periodismo es una profesión tan amplia que caben en él tantas formas de expresión y de géneros que aun un Premio como el Simón Bolívar, con tantas categorías, no alcanza a cubrirlas todas; pero esto no puede ser una excusa para que un profesional no distinga los géneros. Los puntos están muy bien demarcados entre una crónica y un reportaje, entre una columna de opinión y un análisis, ni hablar entre una noticia pura y dura y un informe especial. Este jurado notó cómo las nuevas narrativas y la velocidad para informar parecen estar haciéndole pasar un muy mal rato a la noticia como género. Esta, que era la que todos aprendíamos a hacer en las salas de redacción, se siente arrinconada. Nos han repetido tanto que cualquier persona puede informar de un hecho antes que un periodista y que eso pone en riesgo nuestra profesión, que nos lo hemos ido creyendo, como si dar la noticia fuera un asunto elemental. Un improvisado reportero, en la mayoría de los casos, no logra en esa información que despliega velozmente por sus canales reunir las características que encierra una noticia, con completitud, contexto y fuentes.

El periodismo es una forma de explicarle el país al país, de aprovechar los formatos narrativos para mostrar las realidades, y para eso no basta con tener una red social con miles de seguidores o tomar una foto en una calle cuando alguien se topa con un hecho noticioso. Hacer eco de esto es cavar la tumba de nuestra profesión. Aunque esta es la menor de las preocupaciones, lo peor es que al repetir esto, permitimos que nuestro trabajo vaya quedando en manos de quienes no sienten ningún respeto por la verdad, por tomar distancia de los hechos o de las fuentes, por acatar los valores de independencia, por diferenciar opinión de información, por la reportería en el lugar de los acontecimientos, por el contexto mínimo, por no difundir rumores, por ser transparentes en la forma de actuar y de laborar.

También tenemos que hablar de hasta dónde se debe permitir que los opinadores puedan invitar al odio. En un país que necesita de reconciliación, que requiere pasar la página de la violencia que se resiste a irse, el oficio del columnista es imprescindible para ayudarnos a entender la realidad, pero no podemos quedarnos tan tranquilos cuando se aprovechan estos espacios para simplemente permitir que el reduccionismo nos lleve a mirar el mundo sin matices. Los propietarios de los medios deben prestar atención a qué tanto sus columnistas realmente están opinando desde una postura ideológica, lo que es absolutamente válido, y hasta dónde simplemente están usando el espacio que tienen en los medios para despreciar la verdad. Este es un debate que es necesario dar en nuestro país, no vale la pena opinar por opinar, aunque esto es más barato, claro.

El periodismo en general, lo he dicho muchas veces, es el que puede hacer fácil lo difícil; esa es una misión que en ocasiones provoca que simplifiquemos tanto que en la tarea de ayudar a entender, también contribuyamos a la sensación de hecatombe que muchos quieren ver en el mundo, aunque, a pesar de la pandemia, el mundo está mucho mejor hoy que hace

algunos años, tal vez no en materia ambiental, pero sí en las formas como resolvemos nuestros conflictos, en la cantidad de gente que tiene acceso a servicios básicos o a la educación. Esa complejidad del mundo está en todas partes y hay que hacer un esfuerzo adicional para dejarlo claro en nuestras informaciones. El reduccionismo en lugar de ampliarnos el conocimiento nos lo simplifica tanto que puede terminar por generar distorsiones de la realidad, dar a entender que esa representación que hacemos de algo es la única verdad posible, y si somos justos, sabemos que la verdad es bastante relativa.

Tampoco se trata de querer contar todo como única forma de esa completitud de la que hablo. Hay quienes piensan que el mundo digital nos permite escribir sin medida o hacer multimedias de ambiciones enciclopédicas, lo que es también una falta de respeto con las audiencias. Una característica esencial del periodismo es saber seleccionar y esto va desde los temas, las fuentes que escogemos, hasta lo que finalmente merece ir en la nota más completa posible, pero no alargada. Sin embargo, encontramos trabajos que se extienden de tal manera que en vez de ganar, pierden contundencia. Producir buen periodismo tiene necesariamente que considerar a la audiencia: ¿podrá sacar tiempo para leer esto?, ¿sabrá navegar de tal manera que pueda seguir un orden?, ¿habrá forma de que no renuncie cuando vea que el video y el audio son exactamente lo mismo que tiene el texto? Estas preguntas deberían plantearse a la hora de abordar un trabajo que solo va en la web.

Y esto tiene que ver con la planeación. Parece persistir cierto desprecio por el plan en el periodismo. Cuando el tiempo acosa, cuando llegar a territorios difíciles nos pone retos excepcionales para conseguir fuentes, cuando queremos armar un informe especial que explique un fenómeno complejo y, en muchas ocasiones más, el plan es el que nos traza la senda para no perdernos, para no engolosinarnos con una historia que puede ser fantástica, pero nada tiene que ver con lo que quiero narrar. Y el plan nos permite contar con suficiente material para poder hacer una postproducción excepcional. Sin embargo, esto no abunda. Hay que llenar la hora en el programa o la página en el periódico y entonces empezamos a contar lo divino y lo humano y se nos pierde la historia sobre la que queríamos hacer hincapié. La planeación en el periodismo nos ayuda muchísimo a mejorar las historias, a reaccionar ante los sobresaltos, a subir la calidad de los contenidos y a tener una mejor puesta en escena final. Incluso nos servirá para improvisar con más acierto. Sin el plan pasa como con las embarcaciones sin rumbo definido, se pierden con facilidad en el vaivén de la marea.

Ahora bien, el formato multimedia ha evolucionado en el mundo a formas bastante sofisticadas; ya es hora de pasar de las presentaciones que sorprendieron en su momento, para que asuma también la evolución de estas narrativas, que pueden aprovecharse mucho mejor. Que los elementos multimedia estén al servicio de la historia, y no al revés.

La voz del narrador es diferente al abuso del yoísmo. El lector, el televidente, el oyente cuando escuchan un buen relato deben saber que hay alguien manejando los hilos de la

historia, que es quien hace que los puntos se conecten para mantenerlo pegado a ella y esperar su desenlace; pero en ocasiones soltamos las amarras y dejamos que la narración se desboque sin freno. Así se malograron unas muy buenas reporterías. Entre los premiados de hoy encontrarán buenos ejemplos de cómo mantener las riendas de la historia sin hacer del periodista el protagonista.

Llamó la atención del jurado la mala escritura que se notó en buena parte de los trabajos evaluados: total descuido por las concordancias, omisión de pronombres o artículos necesarios, preposiciones que se usan indistintamente de su régimen, un temor a usar el punto seguido, o no entender el sentido de un punto o una coma y menos del punto y coma. Varios trabajos fueron eliminados por sus serios errores ortográficos y de gramática. Por este motivo, quiero instar a los periodistas a recordar la importancia de la buena escritura. Debe mantenerse como rasgo característico de cualquiera que aspire a desempeñarse bien en este oficio.

Sin embargo, nada de todo esto tiene sentido -escribir mejor, reportear con mayor rigor, planear las historias y ocuparnos de ellas hasta el final, atender a las sugerencias de los editores- si no nos apropiamos de la importancia que tiene la ética en nuestra profesión. Desde Chocó nos llegó el buen ejemplo de un periodista radial, Jaime Mosquera Gómez, que se negó a difundir propaganda como información por una cuantiosa suma. En Medellín, una emisora también dijo no cuando le sugirieron cambiar el tono editorial sobre el alcalde y podría ser merecedora a un contrato publicitario. Desde las regiones nos llegan cada día maravillosas lecciones de coherencia. La ética se da en los pequeños gestos, en las lecciones que se comparten en una sala de redacción, así hoy sea de manera virtual.

El periodismo trasciende en una ética viva, un conjunto de principios y valores que se comparten de generación en generación, romper con esta tradición es darle un golpe de gracia al oficio. No podemos permitirnos en los momentos más oscuros, dejarnos llevar por los miles de 'fav' que dan más clics, ni ceder ante el espejismo de que los ingresos crecerán a costa de nuestra credibilidad al presentar publicidad como información. Ni hablar de ese impulso que toma el activismo con las herramientas del periodismo, personas que llegan a los micrófonos, a las cámaras, a las redes sociales o a los impresos no con la idea de servir a la verdad, sino con el único afán de reafirmar sus convicciones. Lo dijo el maestro Javier Darío Restrepo: "Es un periodismo dañino y de baja calidad el que se hace desde las trincheras de algún partido o candidato, sin conciencia profesional".

A esa conciencia apelamos, a la que sabe que el amarillismo en su forma más cruda no es más que abandonar las posibilidades de un periodismo más exacto; a la conciencia que entiende perfectamente que la información mezclada con opinión es un mal servicio que se le presta a la democracia; a la conciencia, que desde lo más profundo de nuestro ser, sabe que guardar información con el argumento de no causarle daño a una institución es plegarse al poder de la forma más sumisa posible; a la conciencia que se niega a ceder a la complacencia

del relativismo moral y que bajo argumentos bobalicones abre espacio a cualquier insensatez en los micrófonos. Nada de eso, si una profesión es consciente de cuáles gestos son los que encarnan los más profundos valores éticos, esa es la del periodismo. Cualquier excusa que encontremos para no aplicarlos con el rasero más alto, es abandonar las posibilidades de construir un camino hacia la excelencia periodística, camino al que siempre nos invitó a acompañarlo, el maestro Javier Darío.

Hoy, quienes reciben los justos reconocimientos a su trabajo periodístico, veteranos maestros, jóvenes innovadores, disruptores de las convenciones, cultores de las tradiciones, son apenas una muestra de quienes buscan andar esos caminos y nos demuestran una vez más que hay periodismo de calidad para rato, que en medio de las turbulencias también hay espacio para sacar lo mejor de nosotros. Periodistas que entienden en su sentido más amplio las obligaciones que entraña el ser parte de este oficio indispensable son la prueba de que no cualquiera puede ser periodista como tanto se pregona.

Tenemos que entender que las técnicas de nuestro oficio combinadas con el más amplio conocimiento humanístico y el sentido de la ética, harán más perdurable nuestra profesión de lo que muchas veces nosotros mismos nos decimos. Debemos convencernos de las altas calidades profesionales que se requieren para ejercer este oficio, por eso los mediocres no deberían tener futuro entre nosotros, porque el mejor periodismo es posible y, cuando marca diferencia, puede provocar cambios gigantescos en una persona o en una sociedad. Ese es el incentivo. Un grupo importante de trabajos que revisamos en este Premio así lo demuestran. Gracias, colegas, por mantener el periodismo en el más alto nivel posible. Ustedes nos inspiran a otros a tratar de cumplir con esos estándares que nos conduzcan a la excelencia.

Antes de dejarlos, quiero dar las gracias a mis compañeros del jurado; Patricia, Maryluz, Piedad, Mauricio, José y Carlos fueron unos coequiperos extraordinarios. Me parece importante compartir que el ejercicio de este grupo fue dialéctico todo el tiempo. El respeto por la posición del otro siempre estuvo presente, así hubiera diferencias en las posturas en torno a uno u otro trabajo. Las discusiones profundas para llegar a los consensos, permitirse ser convencido e intentar convencer, forman parte de esas maneras de relacionarnos que tanto necesita este país: escuchar y comprender los argumentos del otro y estar dispuesto a ponerse en sus zapatos. Con diferencias, claro, pero con respeto y sin tratar de imponer las ideas a la fuerza, sino siguiendo las reglas de juego, sin jugaditas, para tomar decisiones que siempre fueron en camino de la mejor selección posible. Los encuentros este año siempre los sentí como una tertulia, como un espacio para la conversación, mientras aprendía de cada uno de ustedes. Gracias por hacer de estas largas jornadas agradables momentos para el aprendizaje.

Gracias a Silvia Martínez, directora del Premio, por su prudencia, por la libertad absoluta que le da al jurado para tomar las decisiones, por mantener vivo el más importante premio de periodismo de este país, que les da aire a tantos periodistas que muchas veces sienten arar en

el desierto al insistir en esta profesión tan asediada. Y gracias al Grupo Bolívar por mantener ya por 45 ediciones el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar.

Ahora lo importante, estos son los ganadores y ganadoras de la edición 45 del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar.

Felicitaciones para todos ellos.